




TERRI OSBURN

ESCRITO EN EL DESTINO

ANCHOR  ISLAND

Traducción de Pepa Devesa

amazon crossing 

TERRI OSBURN

ESCRITO EN EL DESTINO

ANCHOR  ISLAND

Traducción de Pepa Devesa

amazoncrossing 

Título original: *Meant to Be*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados Unidos, 2013

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Julio, 2017

Copyright © Edición original 2013 por Terri Osburn

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2017 traducida por Pepa Devesa Seva

Diseño de cubierta: PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta © Simon Roberts/Getty Images

Primera edición digital 2017

ISBN: 9781542045407

www.apub.com

SOBRE LA AUTORA

Autora de la serie de novelas *Anchor Island*, éxito de ventas en Amazon y *Wall Street Journal*, Terri Osburn empezó a escribir en 2007. Cinco años más tarde, en 2012, fue finalista en el concurso Golden Heart de la asociación Romance Writers of America para manuscritos no publicados. Poco después, en 2013, publicó su primera novela en Montlake Romance. Terri vive en la Costa Este con su hija adolescente, tres felinos juguetones y un yorkiepoo hiperactivo. Más información sobre Terri en su sitio web: www.terriosburn.com.

Para Isabelle: siempre serás mi mayor logro

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

CAPÍTULO 1

¿Por qué tenía que estar aquella isla dejada de la mano de Dios en medio del maldito océano?

Con el pensamiento resonándole en el cerebro, Beth Chandler reconocía que era del todo irracional, pero, atrapada como estaba en un miedo sobrecogedor, no cabía racionalidad alguna. Tampoco contemplaba en ese momento la posibilidad de soltar el volante. Juraba que su cerebro le daba esa orden a las manos, pero sus nudillos seguían blancos, estrangulando el inútil círculo de ese plástico duro del que están hechos los volantes.

Quizá fuera de esos plásticos que flotan. Cuando ella y su automóvil se sumergieran en una tumba marina, podría usar el volante como flotador. Había abierto la puerta del automóvil antes de pararse completamente sobre el ferri. Por si acaso. (La idea de ahogarse dentro del automóvil la aterrorizaba más que la de ahogarse fuera de él.) Un golpe de suerte hizo que fuera a parar a la fila más interior, con una barandilla y una especie de cabina a su izquierda.

Si hubiera sucedido lo peor y se hubiera visto forzada a estacionar cerca del borde... No era el momento de imaginar aquel escenario. La única mirada que se atrevió a dar a lo lejos no le desveló otra cosa que agua hasta donde le alcanzaba la vista. Un hecho que solo intensificaba su pánico.

—No voy a morir. Sabía que iba a suceder. Puedo hacerlo.

Las afirmaciones que había aprendido en el libro *Cómo vencer sus miedos* debían ayudarla a pasar por este trago.

Había sacado el libro de la biblioteca tan pronto como su prometido, Lucas, mencionó que ir a ver a sus padres implicaría montarse en un ferri para llegar a una diminuta isla remota.

Lo primero que había hecho fue entrar en pánico y vomitar. Dos veces. Pero luego se fue directa a la biblioteca. Ahora, mecida por el mar, rodeada de automóviles apiñados como sardinas gigantes de cuatro ruedas, daba igual que el libro hubiera explicado cómo hacer el perfecto suflé.

¿No tenían estos ferris un límite de peso? ¿Y si dejaban pasar un automóvil más de lo permitido?

—No hay nada que temer aquí. Nada me puede hacer daño.

Beth se preguntaba si no debería haber sacado otro libro. Uno sobre cómo hacer que tu cerebro deje de discutir con tus afirmaciones. Porque la respuesta de su cerebro (*¡Flotar en una barcaza gigantesca cubierta de automóviles que podría hundirse en cualquier momento es para tener miedo!*) era de todo menos relajante.

—No me voy a morir. No me voy a morir. Señor, no dejes que me muera.

Todo era culpa de Lucas. Había insistido en que ella trajera su propio automóvil por si lo necesitaban esos días del despacho y resultó que lo necesitaron allí antes incluso de haber salido. Después de asegurarle que se pondría en marcha en una hora, máximo dos, le había programado el GPS y la había convencido de que se fuera sin él. Y por ese motivo no estaba allí para distraerla ahora.

En su descargo, ella tampoco le había contado nada de sus miedos, así que quizá aquella situación tampoco fuese solo culpa de él. Y había prometido compensárselo. Conociendo a Lucas, esas palabras significaban joyas. Y habría estado encantada con el detalle... si alguna vez la dejara elegir a ella el regalo.

El ferri dio una sacudida, arrastrando a Beth de regreso a la situación que la tenía tan ocupada. Con los ojos cerra-

dos, respiró hondo unas cuantas veces. Otra recomendación del libro de la biblioteca. Inhalaba por la nariz y dejaba salir el aire por la boca. Justo entonces, notó el palpito de un aliento cálido por encima del brazo izquierdo y un olor desagradable le llenó las fosas nasales.

Aquello no podía ser su respiración.

Un fuerte jadeo invadió el silencio del automóvil y Beth abrió un ojo para averiguar su origen. Unos grandes ojos marrones rodeados de un pelaje de color óxido le devolvieron la mirada. Dejó caer una oreja hacia delante mientras la lengua negra colgaba a un lado. El animal inclinó la cabeza y levantó una gran pata, que apoyó en su muslo.

Se habría encogido si no hubiera estado paralizada por el miedo.

—¿Qué has encontrado, Dozer? —preguntó una voz desde algún lugar por detrás del intruso.

Al mirar más allá del perro, vio aparecer a un hombre. Unos ojos azul intenso y una barba de tres días fue lo único que registró su mente antes de volver a centrarse en sus manos. Para defenderse de un loco en una barcaza necesitaría las manos.

—¿Qué hay? —dijo él, acariciando la cabeza del perro. Luego masculló, «buen chico», supuestamente dirigido al perro.

La voz del desconocido, grave y sensual, recorrió con una vibración su columna vertebral. Sus manos se relajaron lo suficiente para que la sangre volviera a los nudillos. En el libro no aparecía ningún tipo sexi capaz de calmarla con sus palabras. Debió haber buscado un poco más hasta dar con alguno escrito por una mujer.

—Hola —dijo, pero su cerebro ahora colaboraba tan poco como sus manos. Se aventuró a mirar de nuevo hacia el propietario del perro y todo su cuerpo suspiró.

El hombre estaba, como su abuela diría, hecho para el pecado. Labios carnosos, mandíbula fuerte y un profundo hoyuelo remataban un rostro dotado de los ojos más azules

que había visto en la vida. Sus hombros eran tan anchos que se marcaban bajo una camiseta color azul marino que se estrechaba en una cintura estrecha y vaqueros de cintura baja. No le veía los pies detrás del perro, pero apostaría su mejor traje formal que llevaba botas de trabajo.

Eso sí que eran plegarias atendidas. Aquel era un salvavidas con el que no le importaría hundirse.

Se le escapó un sonido que solo podría definirse con un pitido de censura. Se suponía que las mujeres prometidas no debían tener pensamientos lujuriosos con hombres que no fueran su prometido. Estar prometida desde hacía solo un par de semanas no era excusa.

—¿Estás bien? —preguntó él, que reconocía claramente la locura en cuanto la veía.

—Estoy bien —gritó, con una voz que el pánico había elevado varios decibelios. Aunque no estaba segura de si el pánico era aún debido a la muerte inminente o a sus hormonas disparadas—. No hay problema. Adelante, por favor.

El perro apoyó la otra pata sobre su pierna y casi se le subió en la falda, con la cabeza levantada entre sus brazos.

—¿Qué hace? —le preguntó.

El hombre soltó una risita y Beth se estremeció.

—Te está saludando.

Una lengua oscura se balanceaba peligrosamente ante su nariz.

—¿Le das regaliz o algo?

Toda la lengua del perro era negra.

—Es su parte chow. También por eso tiene la cabeza grande. Deberías oír cómo ladra.

Como si lo hubiera entendido, el perro ladró, y le dejó los oídos zumbando. Si no hubiera estado mirando al perro a la cara, Beth habría jurado que lo que se había subido al automóvil era un oso.

—Necesitas un caramelito de menta. Mucho.

—Ya la has asustado lo suficiente, Dozer. Deja tranquila ya a esta preciosidad. —Mientras el perro salía del auto, Beth intentó ignorar el cumplido, pero sintió que se le sonrojaban las mejillas—. Esta travesía dura un ratito —dijo él—. Podrías salir y dar un paseo. Es lo que hace la mayoría de gente.

—¿La gente está paseando? —Por un momento el asombro venció al miedo, Beth se volvió al desconocido todo lo que le dejaban el cinturón de seguridad y la manera en que tenía agarrado el volante—. ¿Cómo puede la gente pasear tan tranquila como si no fuéramos a morir todos en el mar?

—Supongo que es cuestión de confianza. —El hombre sonrió al tiempo que daba un paso atrás. La libido de ella intentaba dar un paso adelante. Los cinturones de seguridad eran realmente unos dispositivos que te salvaban la vida—. No te entusiasma el viaje en ferri, ¿eh?

Ella negó con la cabeza, acogiéndose a su derecho a permanecer callada.

—Si te sirve de ayuda, he hecho este viaje miles de veces sin problema alguno.

—Estoy segura de que sí. Me siento mejor ahora —mintió. El hombre tenía que irse. Ella necesitaba que se fuera.

—Bien. Te dejamos tranquila entonces. —Se volvió para irse y Beth sintió que se le estaba escapando un salvavidas.

—¡Espera!

Los ojos de un vivo azul la volvieron a mirar.

—Aún estoy aquí. —Agachándose, apoyó un brazo en la parte superior del automóvil—. No estás bien, ¿verdad?

Beth inspiró con fuerza, cerró muy fuerte los ojos y asintió una vez.

—Esto va a sonar realmente extraño, pero ¿podrías sentarte conmigo? Solo hasta que lleguemos al otro lado.

Con el corazón a cien, vio cómo el desconocido fruncía los labios antes de mirar a un lado y otro del ferri. Su mirada saltó al asiento trasero.

—Si quieres que me siente en tu coche, Dozer tendrá que sentarse detrás.

Puesto que la idea era distraerla de la muerte inminente que se balanceaba bajo sus pies, añadir un perro a la escena sonaba perfecto.

—De acuerdo.

Segundos más tarde, un perro musculoso del color de las hojas de otoño ocupó todo el asiento trasero, echándole aire caliente por todo el cuello. La lengua negra colgaba sobre su mandíbula inferior, pero no babeaba. No mucho. Era bonito, todo lo bonito que puede ser un perro. Le iría bien un caramelo de menta y un baño, pero era bonito.

Su dueño ocupaba también todo el asiento del copiloto. La palabra «Evinrude» se extendía por su pecho, fuerte como una pared de ladrillo. Ajustó el asiento para acomodar la longitud de sus piernas, firmes y bien musculadas bajo el tejido vaquero gastado.

Había acertado, calzaba botas de trabajo, que tenían manchas oscuras de grasa. Aquel tranquilizante humano podría haber salido de un calendario de obreros musculosos, aunque probablemente se ofendería si lo llamaras «cachas».

Se acomodó en el asiento, con la rodilla cerca de la suya. A Beth se le hacía la boca agua.

«Estás aquí para conocer a tus futuros suegros. Ir a cenar con una cita no es una buena idea.»

En el automóvil se hizo un silencio incómodo, roto solo por los graznidos de las gaviotas y el ritmo regular del jadeo canino.

—Supongo...

—Entonces...

Hablaron a la vez.

—Perdona. Tú primero —dijo ella, en el papel de anfitriona, como si se tratara de una cena.

—No, es tu automóvil. Adelante.

—Cierto. —Beth se aclaró la garganta, para ganar tiempo.— Ya te has dado cuenta de que tengo un proble-milla con el agua. Y con los barcos.

—Lo he captado. Aunque esto es un ferri, no un barco —dijo él con una sonrisa de oreja a oreja. Bajo la sombra del vello, se veía su rostro bronceado. Unos pequeños surcos parecían haber sido grabados en los extremos de los ojos. Sin duda, aquel hombre estaba acostumbrado al sol.

—Si me pudieras distraer para no pensar en dónde es-tamos ni en sobre lo que estoy flotando. —Su voz subió de tono en las dos últimas palabras—. Sé que así podría so-brevivir hasta que lleguemos al otro lado.

—¿Quieres que te distraiga? —Su voz mostraba un po-co más de entusiasmo del que había mostrado cuando se subió al vehículo. El cuerpo de Beth la delató, emocionada ante tal entusiasmo.

—Habla —dijo con voz rota—. Habla para distraerme.

—Ya —dijo, esta vez con mucho menos entusiasmo—. Las charlas contra el miedo no son mi especialidad.

—Saldremos del paso. —Mejor eso que decirle que su cuerpazo hacía que la conversación brillante fuese innecesaria, pero ese mismo pensamiento hacía que una ola de calor le subiera hasta las mejillas—. Lo siento. Normalmen-te no soy así.

—¿Y cómo eres normalmente? —preguntó, apoyándose contra la puerta. Su voz parecía tranquila. Relajante. Aquello se le daba mejor de lo que él creía.

¿Cómo era ella normalmente? Tuvo que pensárselo.

—Más cuerda. Normalmente. Racional. Práctica.

—Ya veo —dijo él—. Entonces, debe de ser tu lado práctico el que está aferrado a ese volante. Como no hay necesidad de manejarlo ahora mismo, podrías soltarlo. Re-cuéstate contra el respaldo. Disfruta del paseo.

—Es verdad. Claro. —Por algún extraño milagro, sus manos colaboraron. Las habilidades del obrero no eran nada desdeñables. Sería excelente en las negociaciones de divorcios. Bajando las ventanas, hizo un gesto señalando al perro—. No saltará, ¿verdad?

—Dozer no irá a ninguna parte.

—¿Qué significa Dozer?

—Solo es un nombre de perro. —Ella levantó una ceja—. Cuando lo adopté, estaba siempre escarbando en la tierra o durmiendo, así que le llamé Dozer. —El desconocido se encogió de hombros, también así era sexi—. Le quedaba bien.

Echó otro vistazo al perro y Beth comprendió lo que quería decir. Era del tamaño de un pequeño *bulldozer*, la bola de pelo que cubría el asiento trasero parecía estar a punto de ponerse a roncar.

—Sí, tiene sentido. —Y, volviéndose a su propietario, le preguntó—: ¿Has dicho que has subido en este ferri miles de veces?

—Sí, vivo en Anchor.

Quizá podía ayudarle a completar algunas dudas sobre la isla que no había podido encontrar en internet.

—He oído que no hay muchos lugareños que vivan aquí todo el año.

—Nos las arreglamos.

Una respuesta vaga. Un interrogatorio complicado...

—¿Es la isla tan pequeña como parece por lo que se lee en la red?

—Depende de lo que consideres pequeño. Los primeros dieciséis kilómetros son una pista de aterrizaje, pero el pueblo no está mal. Unos tres kilómetros a lo ancho.

—¿Pista de aterrizaje? —Tragó saliva—. ¿Una pista de aterrizaje ancha?

—Lo suficiente. ¿Te dan miedo todas las embarcaciones? —El ferri se balanceó y ella se volvió a agarrar al volante—. Supongo que sí.

—No me dan miedo los barcos exactamente. No es que vea una fotografía y me entre el sudor frío. —Se metió un bucle díscolo detrás del oído, aunque los esfuerzos para controlar los rizos rebeldes eran inútiles contra la brisa fuerte y salada. ¿Quién iba a imaginarse que haría tanto viento en las islas Outer Banks?— Es estar en el barco lo que me molesta. Por un incidente ocurrido en una casa flotante cuando era niña.

—¿Un incidente en una casa flotante? —Se rio entre dientes y luego se puso serio cuando ella lo miró—. Lo siento. ¿Qué ocurrió?

—No creo que quieras oírlo. —¿Por qué había tenido que mencionarlo? Había aprendido a no contarle a nadie el incidente de la casa flotante.

—¿Por qué no? —preguntó él—. Debe de ser importante si estás tan asustada.

—Porque vas a decirme que soy idiota por dejar que algo tan insignificante alimente mis miedos después de todos estos años —resopló ella.

Se hizo un silencio. Incluso Dozer parecía haber dejado de respirar. Beth no quitaba los ojos del volante.

El señor Evinrude se aclaró la garganta.

—No soy psicólogo, pero supongo que se han burlado de tu miedo.

—Quizá. —Estaba toqueteando el volante con la uña—. No estoy loca. Sé que es irracional. —Se volvió hacia él y gesticuló con las manos—. Y normalmente soy una persona muy racional.

—Sí, ya me lo has dicho. —Volviendo su cuerpo hacia ella, alargó un brazo por los asientos y dejó su mano a centímetros de su hombro. Beth resistió la inercia de recostarse sobre el asiento—. Cuéntamelo.

—¿El qué? —La proximidad de aquella mano le provocaba un cortocircuito cerebral.

—¿Qué pasó en la casa flotante?